

dió al gran amigo de Dios; y advirtamos que al suplicar Moisés á Dios que le enseñase su divino rostro, Éste no le concedió sino una mirada fugaz y secundaria, y produjo en el solitario del Sinaí tan sublime efecto, que le faltó poco para trasformarse todo en el objeto visto en ménos tiempo que el necesario para exhalar un suspiro.

Aglomeremos, pues, en un solo hombre todo el discurso que han tenido y tendrán cuantos sábios produce la humanidad. ¿Podrán comprender la trasformacion que causará en el alma la vista fija, perenne y descubierta de la Divinidad? Será el alma imágen de Dios, pero imágen completa, extensa y omnímota; porque hay gran diferencia entre la semejanza y la imágen de un objeto con otro; una fruta es semejante á otra de la misma especie, y no es su imágen; un retrato podrá expresar en sus pinceladas las facciones de su tipo, mas nunca será su imágen completa, porque las sombras nunca son imágenes de la luz, ni las figuras pueden representar en todo su complemento la realidad. El arte, es verdad, puede mucho; mas nunca tiene fuerza para igualar á la naturaleza; ésta sí presenta al hombre una imágen completa de sí mismo, representándolo fuera de sí con la misma identidad; nos colocamos junto al estanque de la fuente cristalina, y en la superficie vemos nuestra verdadera imágen; si en nuestro rostro se pinta la ira, si la tristeza, si la alegría, si el placer, si el ódio, si el amor, todo refleja con la más exacta semejanza sobre el cristal de las aguas; allí vemos nuestras propias bellezas sin necesitar del pincel lisonjero de mano extraña; allí hablamos, y la imágen habla; lloramos, y la imágen llora; nos ausentamos, y la imágen se ausenta.

Esta bellísima idea es la que nos da el divino Pablo sobre nuestra futura trasformacion; miéntras estamos en la carrera mortal, refleja en nuestras almas la imágen de Dios; somos semejantes á Él; tenemos un alma cuya

unidad esencial, sin multiplicarse en su naturaleza, produce tres efectos realmente distintos; se trasluce tambien en esta alma la sabiduría, el amor, el poder, la infinidad y la inmensidad de Dios; mas los reflejos de la luz increada encuentran tantas sombras en la criatura, que no pueden formar una imágen enteramente luminosa y perfecta. En el cielo desaparecen estas sombras; seremos entónces como el agua mansa y cristalina, ó, para servirme del lenguaje del Apóstol, nos pareceremos al terso y luciente espejo en que se representará sin velo el rostro mismo de Dios; y esta trasformacion será la comunicacion íntima y completa del objeto beatificador al beatificado; una gota de agua se convertirá en un océano, una chispa de fuego en un sol, una nada en un todo, un hombre en un Dios.

No hablemos ya de semejanzas imperfectas; este entendimiento tan incierto en sus juicios y oscuro en sus ideas, tan limitado en sus conocimientos, que no halla sino tinieblas, ignorancias y engaño en todas las cosas, será lleno de la sabiduría, de la grandeza y del saber divinos; esta voluntad ahora tan débil para amar el bien, tan deleznable en sus pasos; esta voluntad, turbada de mil afectos, envilecida de mil pasiones, engañada de mil falsas esperanzas, se verá llena de la constancia, de la paz y de la rectitud de Dios. ¡Dios Santo! ¡Dios amable! ¡Dios misericordioso! ¿Qué prodigio es éste que obra en el entendimiento y la voluntad del hombre, cuando te manifiestas á Él cara á cara? ¡Conque tus consejos divinos, tu omnipotencia, tu saber, tu amor, tu gloria, todo será del hombre, y esto no por una donacion transitoria ni aparente, sino eterna, real, íntima y estrecha, como si fuese esencial al hombre lo que es sólo esencial á tí! ¡Ah, amados míos! Bien dijo el divino Pablo, que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni entendimiento humano es capaz de imaginar lo que Dios prepara para los que le aman;

bien dijo que en su raptó mental al paraíso vió y oyó arcanos que no es lícito decir al hombre viador. Un Dios que se da sin reserva, un Dios que comunica al alma un atributo y gloria increada; un Dios que se sirve de cada alma como de un espejo en que se represente sin cesar toda su esencia, es un arcano que percibimos con el lenguaje de la inspiración celestial; mas no hay posibilidad para comprenderlo ni explicarlo en el tosco dialecto de la criatura. No me obligueis, pues, á dar un paso más en este mar insondable, porque nos perderíamos; de la transformación del alma en imagen completa de Dios emana otra transformación no ménos maravillosa, y es la del cuerpo. Examinémosla brevemente.

Dios es por naturaleza incorpóreo; si queremos buscar la razón por qué nuestro compuesto se ha de transformar totalmente en la imagen divina, después de considerar la gratuita voluntad del Dios que nos beatifica, no podremos hallar una razón convincente de nuestra mutación mas que para el alma, si examinamos los fundamentos de esta transformación; ella es inmaterial, Dios también lo es; ella es inteligente, tiene una voluntad, tiene una existencia eterna, y todo esto lo encontramos en Dios, con la diferencia esencial que separa al Criador de la criatura; una inteligencia y razón que son elevadas hasta un grado infinito en su género, una voluntad que eternamente ama el bien y llena todos sus deseos; una memoria que no teme la abolición de las especies una vez recibidas; hé aquí un alma transformada en una imagen completa de Aquel que es sábio por esencia, y para quien todo está presente, ni existe pasado ni porvenir. Pero ¿qué transformación hallaremos en el cuerpo que pueda tener analogía con el Dios incorpóreo?

Aquí, señores, es preciso fijar nuestra atención en otro objeto sublime, que se nos presenta como el tipo de nuestra existencia futura; este es el Verbo divino, huma-

nado por el hombre. La gran victoria que él consiguió con su Pasión sobre la más cruel enemiga del linaje humano, aún no ha tenido su total cumplimiento. Dios murió en la Cruz, fué encerrado en el sepulcro, y estuvo en él tres días. ¿Sabeis cuál fué el epitafio de la lápida de esta tumba? El que cincelaron los ángeles: *Surrexit, non est hic*. «Resucitó, no está aquí.» El mundo va siguiendo su curso; la tierra encierra en sus entrañas á cuantos hijos ha tenido la familia humana, y no cesará de absorberse las cenizas de nuestra mortalidad hasta la consumación del mundo. ¡Ah! Pasen enhorabuena mil generaciones, y cuenten los siglos un largo período de duración; destruyan los elementos esta obra maestra de la naturaleza animal, que la tierra será un gran sepulcro en donde, aglomeradas nuestras cenizas, reposarán con quietud. Mas ¿será esto para siempre? No, que el divino Pablo nos enseña que hemos bajado al sepulcro á consecuencia del dominio que tiene la muerte sobre nosotros; pero que esta enemiga ha de ser el último trofeo de las victorias del Verbo eterno: *Novissima autem destructur inimica mors*. Un día llegará en que sobre el sepulcro de toda la humanidad se cantará el glorioso epitafio que los ángeles compusieron para el de su Rey: *Surrexit, non est hic*. «Resucitó, no está aquí.»

¿Y cómo? ¿Y para qué? Hé aquí, amados míos, ya reunidos el original y sus copias; el mismo Apóstol nos lo enseña, señalando la edad, la hermosura, los dotes de este nuestro cuerpo, que no serán otros que los del mismo Jesús resucitado en gloria é inmortalidad. Agil como el espíritu, sutil como la luz, claro y esplendente como el sol, impasible é inmortal: hé aquí los dotes gloriosos del cuerpo de Jesús, y hé aquí también los que adornarán á cada uno de los bienaventurados en el cielo. ¡Qué prodigio de transformación! Este mismo cuerpo en que ahora no vemos sino miseria, enfermedad, anuncios tristes de

muerte y resolucion en polvo, se revestirá de una belleza que se parezca á la belleza de Dios, una luz, una fuerza invencible, una vida imperecedera, que se asimile á la espiritualidad, al resplandor y á la vida de Dios. Hoy, que pasa por el lugar de su destino, lo aflige el hambre, lo consume la enfermedad, lo depaupera el ardor febril, lo extenúa la pena y el dolor, lo arrugan los años, lo encorvan los cuidados y el trabajo, y lo destruyen los elementos; entónces una hartura eterna será su alimento, el gozo lo inundará como torrente caudaloso, el placer lo inebriará en éxtasis suave y profundo; no habrá llanto, ni dolor, ni quejas, ni dolencias, ni decaimiento, porque todo él será renovado. Baste decir que resucitará, como su prototipo, rodeado de gloria, y para el mismo fin que él, para triunfar para siempre de la enemiga que lo habia esclavizado por algun tiempo: *Novissima autem omnium destructur mors.*

Cuánta sea entónces la hermosura de este cuerpo, cuánta la refinacion de sus sentidos, no es asunto concebible al hombre, vestido ahora de tosco ropaje. Cuando el Salvador vivia entre los hombres, tuvo á bien dejar traslucir una pequeña ráfaga de la belleza del cielo; y ¡qué prodigio! aquel rostro agobiado por los sudores y fatigas de la predicacion del Evangelio, fué demudado en un gran disco de luz, semejante al sol; sus vestiduras, compuestas de basto burato, aparecieron ligeras como el cendal y cándidas como la nieve; y esta pequeña trasfiguracion causó tanto regocijo á los espectadores de la maravilla, que uno de ellos, olvidándose de cuanto habia en la tierra, se arrobó fuera de los sentidos, y exclamó: «Señor, no nos alejemos jamás de esta venturosa morada; aquí estamos bien.» *Domine, bonum est nos hic esse.* Al pronunciar Pedro estas palabras, sin duda creyó que estaba en el paraiso.

Si este éxtasis causa la sola vista momentánea de la

gloria sin fruicion, ¿qué será el gozarla en sí mismo detenida y ámpliamente? Grande es la dicha de ver las grandezas de un cuerpo glorioso; mas ¿y el tener estos goces en sí mismo, el verse rodeado de fulgores eternos, adornado de lauros inmarcesibles, y trasformado enteramente en un sér tan grandioso como desconocido? ¡Cuerpo humano! Cuando tú bajas al sepulcro, no va tu pecho vacío de esperanzas; ese corazon entra en la lóbrega mansion con la creencia de la resurreccion. «Mi Redentor vive, exclamaba Job, y creo firmemente que en el último dia he de resucitar, y en esta misma carne he de ver á mi Dios, y he de ser yo mismo, con mis propios ojos; esta esperanza está depositada en el santuario de mi corazon.» *Reposita est hæc spes in sinu meo.*

¿Por qué, pues, míseros mortales, por qué colocais sobre los sepulcros de vuestros hermanos el ángel de la amargura? ¿Por qué los rodeais del triste ciprés y del sauce lloron? Poned la palma triunfadora; esos cuerpos donde moró el alma espiritual se encuentran encerrados en saco feo; mas dejadlos, que, como el gusano que pasa los frios invernales en negro capuz, han de recibir una animacion más brillante. ¿Veis esa mariposa de alas doradas, azules y tornasoladas, que va saltando de flor en flor, chupando los jugos más delicados, registrando todas las hermosuras de la vegetacion? ¿Veis esos arbustos, castigados por las escarchas y brumas, despojados de sus galas, y entristecidos entre los hielos y nieves? Dejad que pasen los dias de la árida frialdad, que al apuntar la primavera os admirareis de su resurreccion, y los vereis engalanados con nuevas flores, vestidos de nuevas hojas, gloriosos con nuevos frutos, alegres con la anidacion y canto de las avecillas, risueños con las frescas brisas, y meciéndose suavemente con los suaves céfros.

Así el gran Crisóstomo explicaba la gloriosa trasfor-

macion de nuestros cuerpos, y así os la propongo para vuestro consuelo. ¡Ah! Este cuerpo, con más agilidad que el ave, volará de astro en astro y de estrella en estrella, registrando una por una las grandezas de la creación; nada será para él atravesar en un momento desde el sepulcro hasta los espacios azulados, hasta llegar al cielo de los bienaventurados. Si su gozo ha sido grande al atravesar, como pluma ligera, por los eternos mundos, su sorpresa y placer serán inexplicables cuando éntre dentro del recinto de la celestial Sion. Aquellas calles y plazas tersas y puras como el cristal, aquellas puertas de zafiro y esmeralda, aquellos muros de jaspe, de amatistas, de rubíes y jacintos, aquella claridad indefectible y permanente, serán para el cuerpo, ya glorioso, objetos tan nuevos, que lo extasiarán en su admiración. Gradualmente irán entrando los sentidos en nuevos é inexplicables goces; allí los antiguos Patriarcas y Profetas; allí los Reyes y capitanes ilustres de las edades primeras; allí las Déboras, Judites y Esteres; allí los intrépidos Apóstoles, los heroicos mártires, los anacoretas y penitentes austeros, y las vírgenes sin mancha; allí nuestros padres y hermanos, que una muerte prematura trasladó ántes que gozásemos de su amor; allí nuestros amigos apasionados, de quienes nos separó la Parca implacable; allí... Pero ¿qué hago? Cuando nuestros ojos se fijan en la humanidad deificada del Hijo de Dios; cuando veamos que un Hombre está sentado á la diestra de Dios Padre, rodeado de eternos resplandores; cuando á su lado miremos á la bella é incomparable María, su Madre; cuando el conjunto de tantas grandezas celestiales se objete á nuestra vista, imposible es decir lo que nos acaecerá. Si Dios no confortase entónces nuestros sentidos con la gracia de la inmortalidad, se resolverían nuevamente en el polvo por el gozo de una impresión tan sublime.

Ni esto es todo; entre eternas nubes de suavísimos aromas, se dejarán oír las sublimes melodías de la córte celestial, cuyos acentos hacen resonar las bóvedas del empíreo, y enseñarán á su primer eco, al nuevo morador, la más extensa ciencia de las alabanzas divinas. ¡Qué prodigio! ¿Conque estos lábios han de tocar las heridas refulgentes con que está estigmatizado nuestro adorable Jesus? ¿Conque la hermosa María nos ha de alargar su blanca y torneada mano para que la sellemos con ósculos de eterno é inocente amor? ¿Conque hemos de abrazar uno por uno á nuestros amigos y hermanos, uniendo sus mejillas á las nuestras con ósculo santo? ¿Conque este cuerpo caduco, corruptible, tosco, tenebroso, ha de ser inmortal, brillante como el sol, y tan fino en sus percepciones como lo son los espíritus en su intelección y movimiento? Sí, porque ha de recibir en la resurrección una transformación completa en la imágen del que por su virtud propia resucitó para nunca más morir.

Hé aquí, señores, saciada la capacidad inmensa de perfección que nuestra alma y cuerpo sienten dentro de sí mismos; aquélla, sin tener sombra alguna que la impida la vista de la eterna luz, llegará al apogeo de su perfección, poseyendo todas las ciencias, todo el saber porque anhelaba vanamente en este mundo de ignorancia; conociendo el Bien sumo, y poseyéndolo, lo amará con un amor infinito, y ningun otro afecto tendrá fuerza para turbarla, estableciendo su voluntad en un solo deseo, que es el de gozar sin fin. Éste, rotos ya todos los lazos por la victoria conseguida sobre la muerte, revestido de la estola blanca de la inmortalidad, laureado con la diadema de la vida perenne, hallará en su indefectibilidad la suma de sus deseos completa y acabada, y esto bastará á todo el compuesto humano para ser eternamente feliz. *Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, etc.*